

# Oscar Uzín Fernández

Oscar Uzín Fernández (1931) Ingeniero, Sacerdote dominico, escritor, novelista. Su primera publicación es el poemario "Desde lo más profundo". Le siguen algunos ensayos sobre la Visión Cristiana. En 1972 obtuvo el Premio de Novela "Erich Gutentag", con su celebrada novela "El Ocaso de Orión". En 1976, pone en circulación una nueva novela, "La Oscuridad Radiante" y, en 1990 sus memorias de 1931 a 1989, con el título de "Luz de Otoño". Sus artículos se publican permanentemente en revistas y periódicos de circulación nacional.

Oscar Uzín Fernández radica en Cochabamba, donde ejerce el sacerdocio y la Cátedra de Teología en el Seminario Mayor.



## (Fragmento de la novela "La Oscuridad Radiante") Capítulo XII

El templo estaba vacío; la tarde había avanzado y la penumbra comenzaba a invadirlo. De rodillas en el primer banco, muy cerca al altar, Francisco tenía los ojos cerrados y el rostro en las manos.

"¿He hecho eso? ¿No he sabido escuchar? En la mañana con Martínez y en la tarde con Iván ha sucedido lo mismo: no nos entendimos, y al final me encontré separado de ellos. ¿Fue porque yo no escuché, porque no supe quedarme en silencio? En el buen silencio, porque el silencio que experimenté después de hablar con ellos fue muy distinto. Me dejó triste, como si algo hubiese muerto dentro de mí".

Francisco levantó el rostro y miró el hermoso retablo que se levantaba frente a él. Al centro se destacaba el gran crucifijo colonial, con el cuerpo de tamaño natural, profusamente ensangrentado, demasiado realista. Pero la cabeza, inclinada hacia la izquierda, mostraba una faz tranquila que expresaba la paz del sueño y no la angustia de la muerte. La imagen parecía escuchar y, a propósito, callar. Francisco fijó los ojos en el rostro sereno, y luego los recorrió con lentitud, asimilando todo el cuerpo: los brazos tensos, las manos crispadas, el tronco esquelético, las piernas levemente dobladas en las rodillas, y los pies unidos por un grueso clavo que parecía haberlos traspasado de un solo brutal martillazo.

"Me sentí distante de ellos, tan solo. Un precipicio se abría entre nosotros; podía verlos, pero era incapaz de comunicarme con ellos. Silencio y soledad... ¿Es ese mi destino, no llegar a la comunión? ¿Vivir junto a los demás sin poder penetrar en su existencia, viéndolos siempre como a extraños? ¿Sin poder saltar? Hasta esta mañana tuve la esperanza de llegar algún día a ser amigo de Martínez, pero eso ya no es posible. Sin querer, lo he rechazado. Y con Iván ha sido pero todavía; creí que nuestra amistad había renacido, que después de tantos años íbamos a encontrarnos de nuevo en un nivel más humano y más maduro que antes. Pero también con él fracasé. He dicho no a los dos".

Francisco movió las rodillas. Se había cansado, pero no quiso sentarse. Volvió a cerrar los ojos.

"¿Fue así como rompí el diálogo, como destruí los puentes? Ni se qué decir, cómo responder, cuánto dar. ¿Tengo que ser fiel a mí mismo a costa de los demás? ¿Cortando la comunicación

con ellos? ¿Tengo que afirmarme a mí mismo diciendo no a los otros? ¿Es esto hacer el bien? ¡De nuevo el triángulo! ¡Qué dura disciplina! Sería mucho más fácil..."

- Francisco...

La voz fue solo un susurro, pero Francisco abrió los ojos sobresaltado y se encontró de frente con el crucifijo. Lo miró con asombro. Después de unos instantes, regresó a la realidad. Se dio la vuelta y divisó en la semioscuridad, la silueta de Carlos.

- Perdón. Te he interrumpido.

Francisco sonrió al levantarse, indicando que eso no importaba, e hizo una genuflexión hacia el sagrario. El rostro pacífico ya era casi invisible en la penumbra, pero cuando Francisco salió, junto con Carlos, se encontró con una tarde todavía soleada. Levantaron las manos para saludar a un grupo de campesinos que se había detenido a conversar en el centro de la plaza, y dejando el atrio del templo se alejaron por la calle lateral que se prolongaba hacia el desfiladero, detrás del Calvario.

- Adiviné que te encontraría aquí -dijo Carlos-. Fui al dispensario y vi que los huéspedes estaban solos. ¿Cómo fue la conversación?

Francisco siguió caminando con lentitud. Aunque había salido del templo con más preguntas que respuestas, se sentía más tranquilo que cuando dejó a Iván. Contempló el limpio azul del cielo y, olvidando la pregunta de su amigo, comentó:

- El mal tiempo nos ha dejado definitivamente, ¿no lo crees?

Carlos no respondió.

- La lluvia me agrada - continuó Francisco-, pero no el cielo nublado. Me gusta que la naturaleza se decida; que el sol brille radiante, o que la lluvia fecunde con fuerza a la tierra.

Deteniéndose, miró a Carlos.

- Me gustan las cosas claras - añadió.

- ¿Me estás diciendo que las cosas no están claras?

Francisco comenzó de nuevo a caminar. Dejaron las últimas casas de la cuadra y avanzaron hacia el desfiladero. A la izquierda estaba la pendiente del Calvario; al otro lado, abrupta, casi vertical, otra montaña. No había vegetación en el rocoso desfiladero; sorprendía descubrir que se había salido del valle de repente, a sólo cien metros del templo.